

¿Con tambor o con violín?

José Hugo Fernández
Escritor y periodista
La Habana, Cuba

Hace unos pocos meses, a raíz de la celebración en La Habana del seminario “Cuba y los pueblos afrodescendientes de América”, el representante del Fondo de Población de Naciones Unidas (UNFPA), Rolando García, declaró que la Isla marcha a la cabeza de América Latina en cuanto a igualdad de oportunidades para sus ciudadanos. No es raro que pasara de puntillas —sin la más leve salvedad— sobre el drama que hoy sufren los cubanos descendientes de esclavos, cuya aguda pobreza y cuyas desventajas de toda índole, como sector poblacional a la zaga, han sido ya reconocidas hasta por algún que otro vocero del gobierno. Lo raro es que García formulara tales declaraciones en La Habana, donde previamente habría tenido ocasión de intercambiar experiencias con estudiosos y funcionarios de instituciones estatales que ahora parecen estar comprometidos con el examen y la revelación de los detalles de este drama.

A juzgar por su actitud (quien calla, otorga) ante las declaraciones del representante de UNFPA, se diría que tanto esos estudiosos del drama como las instituciones del Estado que últimamente se han involucrado

con enfoque comprometido, no consideraron erróneo, ni siquiera inoportuno, que García mencionara la soga en casa del ahorcado. Una vez más, las organizaciones de oposición pacífica al gobierno pusieron los puntos sobre las íes, mediante proclamas públicas como la firmada por Juan Antonio Madrazo, coordinador nacional del (ilegal) *Comité Ciudadanos por la Integración Racial*, y por Eleanor Calvo, directora del *Observatorio Ciudadano Contra la Discriminación*. Ambas tachan de inaceptables las declaraciones de Rolando García, por constituir una burla ofensiva para los ciudadanos cubanos.

¿Por qué los antirracistas que hoy actúan desde las estructuras del gobierno no atinan a enfocar sin rémoras políticas —con pleno rigor científico— la problemática de los cubanos afrodescendientes? ¿Por qué, aun cuando sean capaces de reconocer el drama, prefieren las justificaciones por encima de las diáfanos profundizaciones? ¿Cómo se explica su silencio conservador ante quienes, contra toda evidencia, insisten en la sustentación del mito de una Cuba radicalmente emancipada, donde todos sus ciudadanos disponen de iguales oportunidades para el progreso?

Mucho más fácil resulta comprender a esa claqué de progresistas del exterior que, anclados en las quietas aguas del fundamentalismo ideológico, se niegan a dar crédito a cualquier dato —por muy bien documentado que esté— que no proceda del arsenal estadístico del gobierno. Bastaría el ejemplo (no por extremo, menos ilustrativo) de aquellos que incluso después de que Nikita Jruschov denunciara los Gulags estalinistas en el XXII Congreso del Partido Comunista de la URSS, seguían negándose a creerlo.

Es distinta la posición de la nueva oleada de estudiosos y desveladores del racismo contra el negro en Cuba. Luego de escuchar sus declaraciones o leer sus libros y conferencias, uno no encuentra motivos para poner en duda su particular sensibilidad ni su resuelto comprometimiento, sellado, en la mayoría de los casos, por el exhortatorio de la sangre. Tampoco hay por qué dudar de la cualificación profesional y su capacidad de análisis. Con todo y las varias décadas que hemos tenido que esperar para hallar en las librerías de novedades más de un título dedicado a la problemática del racismo, desde prismas por lo general mucho más realistas y críticos que apologeticos, sería absurdo no celebrar la buena nueva y no agradecer esos títulos, aun cuando no siempre suscribiríamos sus métodos de investigación ni todas sus observaciones y aseveraciones.

Pero de cara a las graves circunstancias de hoy (que a veces ellos mismos reflejan en datos contantes), a uno no le queda otro remedio que pensar que gran parte de esos estudiosos del drama de los afrodescendientes cubanos se encuentran entre la espada y la pared. Y no sólo por las dificultades que conllevaría enfocar cañones contra el gobierno, sino también por el modo en que lógicamente pueden incidir las convicciones ideológicas de los propios autores, los cuales deben haber puesto su talento al

servicio de ese gobierno no sólo por ganar un salario. ¿Cómo es posible salir indemne frente a la coyunda de anteponer la pasión política al reconocimiento de verdades históricas que políticamente no resulta oportuno reconocer? Más aconsejables que los enjuiciamientos tajantes, tal vez sean de momento las preguntas exploratorias para intentar una comprensión de las posiciones de estos antirracistas cubanos adscritos a la línea del gobierno.

Preguntas en el tintero

Si bien resulta imposible desconocer el trauma y las cuantiosas pérdidas que trajo a Cuba y a su peculiar socialismo el desmantelamiento de la URSS y del bloque socialista en toda Europa del Este, no lo es menos ignorar que estuvieron condicionadas por el mal aprovechamiento (en materia de desarrollo) que el gobierno cubano hizo de las ventajas de que gozó durante varias décadas bajo la tutela y la subvención económica de aquel bloque. Es un tema sobre el que se han vertido ríos de tinta. Y todavía peor, es una realidad histórica que desde hace ya más de diez años constata a diario el pueblo cubano, obligado por la coyuntura a despertar del limbo de falsas bienandanzas sobre el que lo durmieron para enfrentar de hoy para mañana la pura y dura crisis estructural de un sistema edificado como castillo de arena.

No hay un solo estudioso que no centre su atención en aquella debacle a inicios de la última década del siglo XX, para abordar el tratamiento de la actual problemática de los afrodescendientes cubanos. Y es natural que así sea, porque ningún otro hecho en más de medio siglo de gobierno revolucionario ha catalizado mejor el examen de tal problemática. Sin embargo, no todos los estudiosos se muestran propensos a extraer las mismas lecciones.

Y es quizá en ese aspecto donde más difieren (y lamentablemente donde se distancian entre sí) las conclusiones de los investigadores adscritos a las estructuras del gobierno y de aquellos que laboran al margen.

El más revelador testimonio de la desidia y la ceguera política con que el gobierno revolucionario asumió (en la práctica, ya que no en el discurso) la problemática histórica de los afrodescendientes cubanos, se localiza precisamente en el llamado *Período Especial*, resultado directo del desmembramiento del socialismo en Europa del Este. Si el drama de los negros cubanos (pobreza, marginación social y económica, falta de oportunidades, siglos de postergación discriminatoria...) hubiese recibido el recto tratamiento en la praxis, mediante acciones concretas, regidas por el diseño y aplicación sistemáticos de programas que nada dejaran al azar y a la hueca palabrería igualitarista, la llegada del *Período Especial* —después de más de treinta años con todo el poder y todos los medios— habría sido otra, seria y comprometedora de cualquier forma, como fue para los demás sectores sociales, pero al menos no tan escandalosamente trágica como es en la actualidad para los negros ni tan irremediable a mediano plazo.

Esta es una verdad tan a ojos vista que no debiera requerir mayores argumentaciones. Pero, curiosamente, ocurre que todos los antirracistas que actúan desde las estructuras del gobierno, todos, sin excepción, están señalando el *Período Especial*, ni más ni menos, como la principal y más determinante causa del drama que hoy sufren los cubanos afrodescendientes. Plantean que las desigualdades heredadas de antaño por los negros alcanzaron un clímax de agudización y profundización en ese período y así evaden, con un salto de más de tres décadas sobre la historia, las condicionantes de un largo proceso revolucionario, donde

debemos adivinar que muy poco se hizo para menguar aquellas desigualdades heredadas.

¿Acaso una verdad histórica de tanta importancia para comprender la actual problemática de los cubanos afrodescendientes —y proponer posibles remedios— no merece exponerse con la más desnuda objetividad? Confundir el efecto con la causa, ¿no contradice incluso los propios principios del materialismo histórico y dialéctico, sobre los que hoy basan sus estudios los antirracistas adeptos al gobierno?

Sin ir más lejos, una dificultad prácticamente insalvable con la que deben lidiar hoy estos estudiosos es la carencia casi total de fuentes (libros, estadísticas, investigaciones antropológicas...) que permitan seguir el comportamiento de la problemática durante las primeras cuatro décadas del gobierno revolucionario. El déficit no obedece, por supuesto, a que durante ese extenso intervalo no se contara con suficientes profesionales para la investigación. ¿Se debe entonces a limitaciones de orden práctico en la industria editorial? Nadie lo diría, puesto que en la inauguración de la imprenta Alejo Carpentier, el propio presidente Fidel Castro declaró: «Mil millones de libros en 43 años es una cifra que impresiona» (La Habana, *Granma Internacional*, 27 de abril de 2002). Y es cierto, pero... ¿no impresiona igual que dentro de esa cifra descomunal se puedan contar con los dedos de una mano, y sobran, los libros dedicados al seguimiento diligente, crítico, auténticamente reivindicador, de aquellas desigualdades históricas heredadas de siglos por los cubanos afrodescendientes?

Por fortuna (aunque la fortuna nunca es pródiga en casa del pobre) se aprecia el deseo de remediar esta vergonzosa carencia, tanto por estudiosos institucionales como por algunas instituciones especializadas. Comienza a ser habitual la presencia en librerías de algún

que otro volumen destinado a la investigación de la actual problemática de los cubanos negros, así como al rescate de asuntos históricos relacionados con los afrodescendientes que, por motivos igualmente inexplicables, la historiografía nacional mantuvo por décadas olvidados, rezagados o con tratamiento de muy bajo perfil. De igual modo hay por fin revistas especializadas que abordan con asiduidad estas temáticas y se programan eventos donde especialistas y entendidos (partidarios del gobierno) discuten, o más bien se ponen de acuerdo, en torno a las complejidad de los problemas raciales que afectan a los negros. Sólo hay que lamentar que a tales eventos no sean invitados los antirracistas cubanos opositores pacíficos del gobierno, aunque sean auténticos, honestos y capaces. También resulta sumamente lamentable que el intercambio discorra en exclusiva por el ámbito intelectual, sin que la mayoría del pueblo participe y sin que ni siquiera se informe adecuadamente.

No obstante, asistimos a una movida interesante, útil y sustancialmente productiva en relación con los estudios y el intercambio especializado que ponen en su centro el drama de los cubanos afrodescendientes. De seguir

las cosas como van, dentro de diez años tal vez nadie necesitaría atenerse a la relativa utilidad del testimonio oral o de cualquier otro tipo de fuente empírica por carecer de documentación científicamente avalada. Si alguna insuficiencia espera aún por la debida respuesta es la falta de profundización, el lastre que originan el prejuicio y el compromiso ideológico, así como la ausencia de una justa pluralidad conceptual en los exámenes. Los gobiernos y los políticos necesitan por naturaleza edulcorar sus actuaciones y sus ideas; los investigadores sociales, en cambio, por un elemental imperativo del oficio, sólo precisan llegar al fondo de la verdad.

Dar violín, en el argot popular de Cuba, significa hablar con rodeos, adornar el discurso para que el peso de la verdad parezca más ligero, o sencillamente para evitar que la verdad se imponga por su dura resonancia, como se impone en las fiestas el tronar del tambor. A propósito, quizá podamos concluir con una última pregunta en el tintero: ¿Cuál sería hoy, para los estudiosos y antirracistas, la manera más diáfana de encarar su responsabilidad frente al drama de los cubanos afrodescendientes: abordándolo con violín o con tambor?